

APROXIMACION A LA POLEMICA SOBRE "LA LITERATURA DE MUJERES"

PILAR VICENTE SERRANO
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

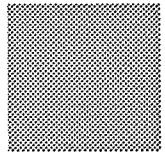
Diversos estudios han intentado demostrar cómo existen rasgos estilísticos y temáticos específicos de la literatura escrita por mujeres. Estos estudios coinciden en señalar que estas características específicas se deben a la marginalidad sociocultural en la que ha sido mantenida la mujer a lo largo de la historia. Entre estos rasgos comunes a todas las autoras estaría la búsqueda del yo, la narración de la historia de una forma cercana e intimista, y la escritura de una literatura de compromiso y complicidad con las demás mujeres.

Palabras clave:

- Literatura «de mujeres».
- Feminismo y literatura.
- Mujer y literatura.
- El espacio femenino.
- Diferenciación en la escritura.
- El lugar de la mujer.
- Lenguaje y temas «de mujeres».
- Literatura «de cómplices».

Aproximación a la Polemica

SOBRE LA "LITERATURA DE MUJERES"



Pilar Vicente Serrano

Las mujeres nunca descubren nada. Les falta, desde luego, el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles; nosotras no podemos hacer nada más que interpretar mejor o peor lo que los hombres han hecho

Pilar Primo de Rivera

«No se nace mujer, llega una a serlo»

Simone de Beauvoir

Hace aproximadamente una década, los artículos de Marta Traba, de 1981, y de Carme Riera, 1982, ambos publicados en la revista *Quimera*, abrían en España ciertos interrogantes sobre la existencia o no de una «literatura de mujeres», radicalmente opuesta en temática y lenguaje de los textos escritos por hombres. La polémica no era nueva. El tema ya había sido ampliamente debatido, y continuaba estando de moda en Estados Unidos y Europa, especialmente en los países en donde el movimiento feminista venía desarrollándose desde hacía tiempo.

La pregunta es: ¿existe una literatura escrita por mujeres, con rasgos que la diferencian de los textos masculinos? Y si esto es así, ¿qué características diferentes tiene el discurso «femenino»?

Algunas escritoras y lectores implicados en la polémica han respondido que existe buena o mala literatura, independientemente del sexo de quien la escriba. Recuerdo —y cito de memoria—

cuando hace años, en una entrevista le preguntaron a Rosa Chacel qué opinaba de la «literatura de mujeres» y ella respondió que no entendía por qué se empeñaban en querer diferenciarnos en algo que realmente no nos distingue.

El objetivo de este breve artículo es recopilar parte de lo hasta ahora escrito sobre la cuestión, retomando las palabras de las propias escritoras y la crítica. La exhaustividad es imposible en tan pocas líneas, y las opiniones personales que aparecen pueden ser o no compartidas. Mi interés no es abrir una nueva línea en esta polémica; mi opción es apostar por una buena literatura que no entienda de género. Intento prescindir del punto de vista «en contra».

Lea Fletcher, en una ponencia presentada en 1989 a las «Primeras Jornadas sobre Mujeres y Escritura», celebradas en Buenos Aires¹ aclara que el término «femenino/a» es ambiguo, que se refiere tanto al sexo biológico de la mujer como a la construcción social del concepto de mujer.

Aunque parte de la crítica no marca distinciones; hay quienes, cuando hablan de «literatura de mujeres», se refieren a textos escritos únicamente por mujeres, y con «literatura femenina» aluden a textos escritos tanto por mujeres que escriben como tales, como a los escritos por hombres que exhiben en su escritura características de la «literatura de mujeres».

Las feministas culturales -explica Lea Fletcher- basándose en la indivisible relación sexo biológico/género afirman que existe una «literatura de mujeres» y niegan la existencia de una «literatura femenina». Frente a ellas, los/las posmodernistas, que niegan cualquier categorización basada en el sexo biológico, «consideran que la escritura femenina no requiere la autoría de una mujer, aunque ella tiene un acceso privilegiado a esa clase de expresión»².

En este estudio se utilizan, indistintamente, los términos «literatura de mujeres» y «literatura femenina», siempre referidos a la literatura escrita por mujeres, conscientes o no de sus diferencias respecto al discurso masculino.

En 1982 se publican *Doce relatos de mujeres*, que pese a pretender ser una muestra de toda la literatura escrita por mujeres que se publica en esos años en España, no va más allá de ser una

1 Lea Fletcher, «La literatura y las relaciones entre los géneros», en *Mujeres y Escritura*, Buenos Aires, Puro Cuento, 1989.

2 «Ibid», pp. 14.

antología de la denominada «Generación de los 70» (Rosa Montero, Montserrat Roig, Ana M^a Moix, Ester Tusquets, Carme Riera, Lourdes Ortiz...), todas ellas comprometidas en mayor o menor grado con el movimiento feminista y con una de las tesis que promueve: «sólo la contracultura de mujeres posibilitará su liberación». Son las escritoras de esta antología las que, en España, «se empeñan» —en palabras de Rosa Chacel— en propagar la existencia de una literatura diferente. Ellas mismas han intentado, buscando en su interior, dar a sus protagonistas una proyección de sí mismas que sea convincente y sirva de espejo a otras mujeres. De forma intimista, escriben los avatares de mujeres que tienen una existencia normal, dentro de su status, a las que no les pasa nada más anormal que la propia continuidad de la vida. Las autoras de la «generación de los 70» reivindican no sólo la existencia, sino la necesidad de una literatura comprometida: literatura *desde, por y para* las mujeres.

Carme Martín Gaité, en su ensayo *Desde la ventana*, de 1988, atraída por la lectura de *El segundo sexo*, reflexiona sobre la polémica mujer y literatura, y cita el estudio de Elaine Showalter, *Feminist criticism in the wilderness*, de 1985, donde la autora se refiere al discurso de la mujer escritora como un «discurso a doble voz» que surge, por un lado de utilizar ese lenguaje prestado por el grupo dominante, de hombres, y, por otro, del compromiso con las vivencias de un grupo sometido, de mujeres:

Somos —dice Showalter— hijas de nuestros profesores y consejeros —de una tradición masculina que nos pide ser racionales sin dejar de vivir marginadas y agradecidas—, y al mismo tiempo hermanas de un nuevo movimiento feminista que engendra otro tipo de sabiduría y compromiso, que nos exige la renuncia a la máscara grotesca de los debates académicos³.

El siglo XIX, periodo de regodeo reivindicativo, dio a la literatura multitud de escritoras con ansias de hablar de sí mismas. Desde su «habitación propia» —espacio simbólico, cerrado e interior— la escritora habrá de revisar, y rechazar a menudo, hasta la misma técnica que parece inherente al arte de escribir. Cito a Virginia Woolf:

La frase está hecha por el hombre. La frase es demasiado amplia, demasiado pesada, demasiado pomposa para el uso femenino.

El peso, el ritmo, el compás de la mente del hombre son demasiado distintos a los de una mujer como para que ésta pueda sacar de ellos nada de provecho⁴.

3 Elaine Showalter, citada por Carmen Martín Gaité en *Desde la ventana*, Madrid, Espasa -Calpe, 1987, pp. 16.

4 Virginia Woolf, *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Barral, pp. 18.

Pero sin la frase ¿cómo se construye el discurso narrativo? Porque las mujeres pueden no aceptar los instrumentos al uso, pero carecen de otros. Ante la imposibilidad de «inventar» un lenguaje, la opción será la búsqueda de nuevos espacios desconocidos por el hombre.

Así, la crítica francesa (Annie Leclerc en 1974, con *Parole de femme*, Hélène Cixous y Catherine Clément en *La Jeune née*) apunta la salida de hablar «desde otro lugar», de descubrir y conquistar un espacio al que no ha tenido acceso el hombre: el espacio de la maternidad y el del propio cuerpo. Es la hora de la «escritura del cuerpo», que tan poco eco ha tenido en España.

No podemos dejar de citar a una escritora francesa nacida en 1903, autora de la polémica obra *El segundo sexo*. Escribe Simone de Beauvoir:

Ellas —las mujeres— rara vez crean héroes masculinos tan convincentes como Heathcliff: en el nombre abarcan poco más que lo genérico masculino. Pero han descrito a menudo con acierto su propia vida interior, sus experiencias, su propio universo; atentas a la sustancia oculta de las cosas, fascinadas por las peculiaridades de sus propias sensaciones, presentan su experiencia, todavía cálida, mediante sabrosas adjetivaciones y carnales figuras del lenguaje. Su vocabulario es a menudo tan rico en su lenguaje porque están más interesadas en las cosas que en las relaciones entre ellas⁵—.

Los rasgos descritos por esta autora como propios de la «literatura de mujeres» sugieren, de algún modo, cierta mediocridad y monotonía en los temas elegidos por las escritoras. Simone de Beauvoir añade que la mayoría de los hombres también están limitados en sus relaciones literarias; y que sólo en comparación con los genios masculinos—«los pocos y raros artistas que pueden ser llamados *grandes hombres*», en palabras suyas— resultan «mediocres» los logros artísticos de la mujer.

Mary Ellman en su libro *Thinking about women* nos dice que antes del siglo XX puede hacerse una distinción general entre la literatura masculina, marcada por el tono de autoridad, y la femenina, caracterizada por su compromiso con la sensibilidad. En nuestros días, sin embargo, el despliegue de la sensibilidad ya no es la característica de la literatura más interesante escrita por mujeres y el tono autoritario nunca fue característica de la mejor literatura escrita por muchos hombres: *El Quijote*, *La Regenta*, *El Lazarillo*...

La profesora Robin Lakoff, en su ensayo *El lenguaje y el lugar*

5 Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, Buenos Aires, Siglo XX, 1977, pp. 75

de la mujer, observa que el discurso de la mujer es «indirecto, repetitivo, vacilante, oscuro y exagerado, frente al del hombre que es directo, preciso, claro, correcto y va al grano»⁶. Sin duda, la insistencia, la repetición, no fueron sino consecuencia de su necesidad de hacerse oír.

Julia Kristeva⁷ también considera que existen particularidades estilísticas y temáticas a partir de las cuales se puede demostrar que existen unas características específicas en la literatura femenina, y añade que le parece difícil señalar si estas características se deben a unos rasgos específicamente femeninos o a una marginalidad sociocultural en la que ha sido mantenida la mujer a lo largo de la historia.

Esta marginalidad, que se evidencia en el habla femenina, ha merecido diversos estudios; entre ellos, los ya citados de Carme Riera y Marta Traba que intentan describir rasgos de ese lenguaje diferente que domina los textos de mujeres:

Los circumcoloquios, rodeos, perifrasis, eufemismos para evitar tabús, el rechazo de las blasfemias, palabrotas y tacos, están ligados a aspectos fundamentalmente educacionales. La mujer debía «medir» sus palabras, para no salirse del lugar que la sociedad le impone⁸.

Si hasta aquí se ha aludido a parte de lo, hasta ahora, escrito sobre las posibles diferencias en tono y lenguaje. Respecto a los temas, Carme Riera, en su artículo «Literatura femenina ¿un lenguaje prestado?», escribe:

Sin duda los temas han sido distintos, lo siguen siendo todavía, puesto que la mujer, que accede a la literatura con posterioridad al hombre, se pregunta de entrada por ella misma.

El hombre en cambio, no se cuestiona en función de su sexo, lo recuerda Simone de Beauvoir, sino como persona, ya que está seguro de pertenecer a los dominadores⁹.

La escritora, en su anhelo de «descubrirse» rememora la infancia, que siempre es la vuelta a sí; se observa ante el espejo (tópico constante en toda la literatura femenina, no únicamente como símbolo narcisista) y luego mira el entorno: su espacio cotidiano. Espacio cotidiano que coincide en algunos casos—pienso

6 Robin Lakoff, citada por Carme Riera, «Femenino singular: literatura de mujeres», en *Crítica y Ficción Literaria: mujeres españolas contemporáneas*, Universidad de Granada, 1989, pp. 35.

7 Conclusión extraída de la entrevista de Julia Kristeva con Françoise van Rossum-Guyon, en *Revue des sciences humaines*, núm. 168, dic. 1977.

8 Carme Riera, *Quimera*, 1982, pp. 12.

9 «Ibid», pp.11.

en la «Generación de la Posguerra»— con la órbita doméstica. Podríamos añadir que la búsqueda del yo se da también en toda la literatura masculina, especialmente en aquellos periodos en los que prima la exaltación de lo individual, en el Romanticismo y Neorromanticismo, sin ir más lejos.

Northrop Frye, en *Anatomía de la crítica*, afirma que la literatura escrita por mujeres es más centrífuga que centrípeta. Si esto es así, el éxito de las mujeres escritoras estaría basado, no tanto en la calidad literaria de sus obras, como en la plasmación de un conglomerado de aspectos que le interesan de un modo especial a la mujer. Tal vez por eso, los principales lectores de las escritoras son las mujeres. Simone de Beauvoir fue quien dijo en *El segundo sexo* que «las mujeres sentimos, pase lo que pase en nuestra vida privada, la necesidad de hablar entre nosotras» («tra donne sole», que diría Pavese).

Cuando Marta Traba y Carme Riera se preguntan a quién se dirige el texto femenino, contestan que a una audiencia mayor y más iletrada («es una literatura marginal, para marginales, más que una literatura fetiche para iniciados»). Con afirmaciones tan rotundas como ésta, no podemos estar en absoluto de acuerdo. Primero, habría que distinguir entre el texto escrito por mujeres («literatura de mujeres» o «literatura femenina») y el texto feminista (de escritoras comprometidas y conscientes de que escriben *por, desde y para* las mujeres). No nos engañemos, el texto feminista no lo lee una «audiencia mayor y más iletrada», sino un grupo muy específico de mujeres, de una edad determinada —en torno a los cuarenta—, generalmente de clase acomodada, de nivel cultural más bien alto y comprometidas de una u otra forma en el proceso de emancipación. Aquellas «chicas del 68» tan reivindicativas como necesarias.

Virginia Woolf a pesar de sus dotes feministas concluye que la mejor literatura es «andrógina», que las mujeres deben cultivar su parte masculina y los hombres su parte femenina, que las personas deben superar las limitaciones de su sexo para producir buena literatura.

Gertrude Stein señalaba que las escritoras del siglo XIX sólo sabían hablar de sí misma, mientras que las del siglo XX «han aprendido definitivamente a hablar de otras cosas». Sin duda, muchas mujeres escritoras, en la actualidad, narran en sus obras hechos ajenos a su propia naturaleza, en favor de una literatura asexuada.

Yo estoy convencida de que existe un «discurso femenino», un modo de hablar, de ser y de sentir diferente al hombre; entre otras cosas, porque creo ser capaz de adivinar cuando me hallo ante un texto, si ha sido o no escrito por una mujer o por un hombre. No es raro, las «vivencias personales», de una u otra forma, se han de reflejar en la literatura, y la Historia cuenta muchos años de «distancia» entre los sexos.

Dudo —y algunas lo han reconocido abiertamente, como Rosa Chacel o Carme Martín Gaité— que, excepto las «escritoras comprometidas» (llámense «escritoras feministas» o «generación de los 70» en España), la mujer se plantee a la hora de escribir que utiliza un lenguaje que no es suyo, que debe romper con todos los «préstamos» y que su escritura sea el reflejo de un punto de vista «en contra».

Quizás en otro tiempo, no tan lejano, fue necesario plantearse la ruptura, hablar «desde dentro» para que se nos escuchara «fuera». Y el intimismo y la búsqueda del yo fueron las principales características de esta literatura. Por eso, no podemos olvidar a escritoras como Gertrude Stein, Isak Dinesen, Djuna Barnes, que dieron la clave de una escritura al margen, rompiente, discrepante del cauce de los hombres y, al mismo tiempo, lo suficientemente universal para que muchos hombres las hayan admirado.

No es tan evidente que los textos escritos por mujeres difieran profundamente de los escritos por hombres. Cuando escribe novelas, la mujer se enfrenta con problemas que han preocupado siempre a los novelistas: las relaciones humanas, la identidad personal, la relación individuo-sociedad... No obstante, parece existir lo que podríamos llamar ese «punto de vista femenino», una manera especial de ver las cosas, un fenómeno bastante vago, no siempre perceptible a primera vista, sin duda resultado fundamentalmente de condicionamientos sociales, pero lo suficientemente específico para ser reconocido a través de los tiempos.

Si Virginia Woolf propone la mirada interior, el «hablar de sí mismas»: la escritura desde una «habitación propia»; muchos años después, una escritora española de posguerra, sugiere una nueva perspectiva para que la mujer mire al mundo (han pasado muchos años y la sociedad cambia). De la «habitación propia» hay que salir mirando «a través de la ventana»:

La ventana es el punto de referencia de que dispone la mujer para soñar desde dentro el mundo que bulle fuera...

*La ventana condiciona un tipo de mirada: mirar sin ser visto. Consiste en mirar lo de fuera desde un reducto interior, perspectiva determinada, en última instancia, por esa condición ventanera tan arriesgada en la mujer española y que los hombres no suelen tener*¹⁰.

En la actualidad, existe una profunda monotonía en las tesis del feminismo y en muchas de las obras escritas por mujeres que parece que quieren crearse todavía un rincón femenino aún más limitado, «una habitación aún más propia».

Es hora ya de salir al exterior, de mirar al mundo; de abandonar definitivamente la complicidad y el punto de vista «en contra» (que las feministas siguen manteniendo), para hablar «desde otro lugar» (desde la simbólica «ventana» que propone Carme Martín Gaité) o, incluso, «desde el mismo». Para, de una vez, huir y escapar de etiquetas, pensar en personas y no en género. Si, como pensamos, la mujer tiene una manera distinta de ver las cosas, las diferencias con el discurso masculino se seguirán manteniendo. Serán éstas u otras, —quizás el día que lleguemos a ser definitivamente iguales, no existan— Muchas escritoras, en la actualidad, lo logran evitando categorías, eludiendo afectaciones. Ojala se publiquen muchos libros, firmados tanto por hombres como por mujeres, en los que predomine la calidad y se olvide «la condición».

En 1990, Lea Fletcher sigue afirmando que todavía quedan por resolver interrogantes «como la posibilidad de categorizar la literatura según sexo y/o género»¹¹. Temo, que si entramos en categorizaciones como ésta, levantemos un «ghetto» la mitad del mundo «contra» la otra media.

A estas alturas de siglo, y de vida, debemos esperar que más «enfrentamientos» no se produzcan —cierto es que en muchos países del mundo la mujer sigue estando subordinada—. Pero, en nuestra sociedad, si olvidamos las diferencias en el arte y, por extensión, en la literatura quizás avancemos más en otras reivindicaciones en las que hay que gastar más energías: poder, mujer y economía son todavía revoluciones pendientes en España.

Yo, como Rosa Chacel o Carme Martín Gaité, me inclino porque se deje de polemizar, porque se hable sólo de literatura independientemente del punto de vista con que se mire el mundo.

Hasta aquí se ha intentado resumir el estado de la polémica cuestión, que no ha variado sustancialmente en los últimos diez años. Dejemos ya de hablar, por favor, de mujeres que escriben, y hablemos de Literatura. Al fin y al cabo, la literatura no hará sino reflejar la vida.

¹⁰ Carmen Martín Gaité, *op. cit.*, pp. 36.

¹¹ Lea Fletcher, «art. cit.», pp. 16.

**BIBLIOGRAFÍA**

BEAUVOIR, SIMONE DE.

1977: *El segundo sexo*, Buenos Aires, Siglo XX.

ELLMANN, MARY.

1968: *Thinking about Women*, New York, Harcourt.

FRYE, NORTHROP.

1973: *Anatomía de la crítica*, Madrid, Taurus.

GAITE, CARMÉ MARTÍN.

1987: *Desde la ventana*, Madrid, Espasa-Calpe.

LAKOFF, ROBIN.

1981: *El lenguaje y el lugar de la mujer*, Barcelona, Hacer.

LECLERT, ANNIE.

1974: *Parole de Femme*, París, Grasset.

MOI, TORIL.

1988: *Teoría Literaria Feminista*, Barcelona, Cátedra.

NARANJO, YMELDA (comp.).

1982: *Doce relatos de mujeres*, Madrid Alianza Editorial.

RIERA, CARMÉ.

1982: «Literatura femenina ¿un lenguaje prestado?», *Quimera*, núm. 18:9-12.

1989: »Femenino singular: Literatura de mujer», en *Crítica y Ficción literaria*, Granada, págs. 25-38.

SPACKS, PATRICIA.

1981: *La imaginación femenina*, Madrid, Debate.

TRABA, MARTA.

1981: «Hipótesis sobre una literatura diferente», *Quimera*, núm. 18:9-11.

V.V. A.A.

1989: *Crítica y Ficción Literaria: Mujeres españolas contemporáneas*, Universidad de Granada.

1989: *Mujeres y Escritura*, Buenos Aires, Puro Cuento.

1991: *Debates. IV Feria Internacional del libro Feminista*, Ayuntamiento de Barcelona.

WOOLF, VIRGINIA.

1967: *Una habitación propia*, Barcelona, Seix-Barral.

1977: *La torre inclinada*, Barcelona, Lumen.